

Globalización y multiculturalidad

Notas para una agenda de investigación

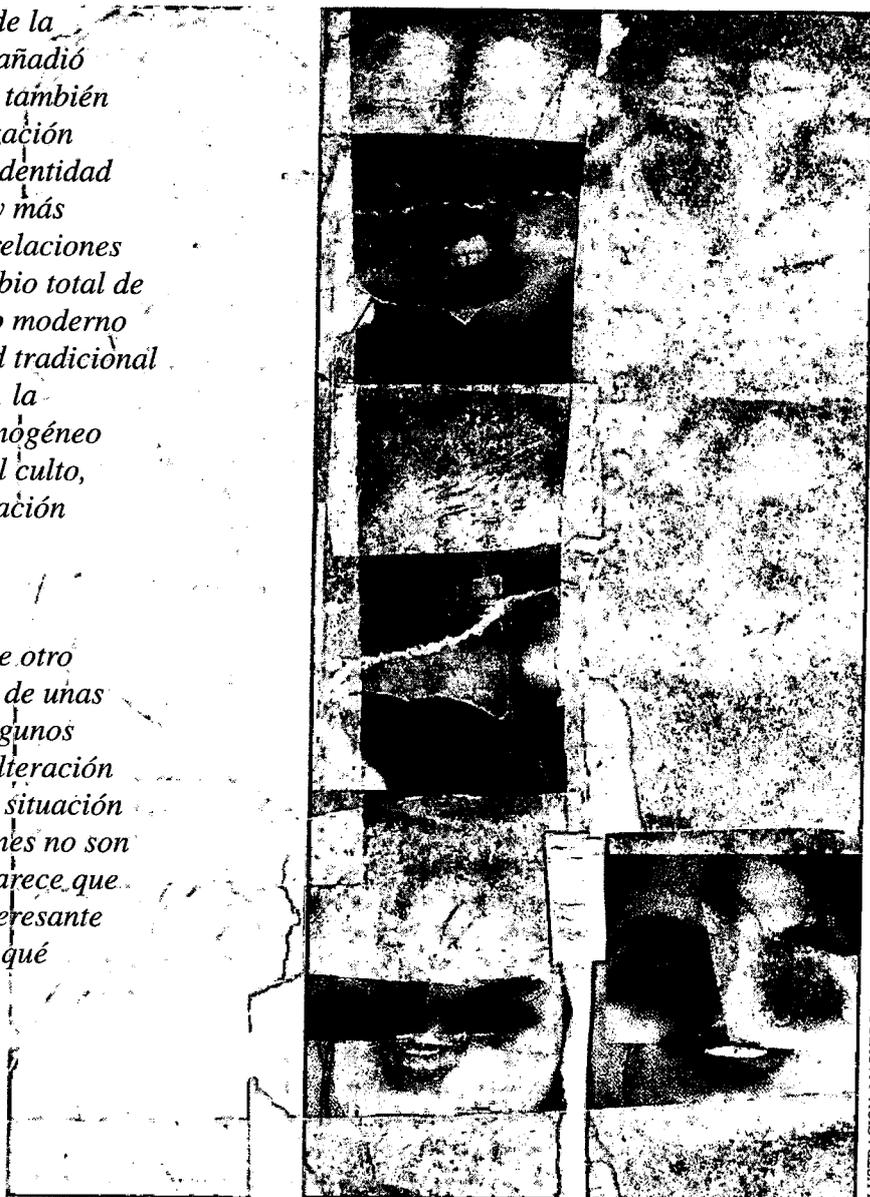
“Al movimiento de las nacionalidades y de la liberación de los pueblos colonizados se añadió el de las mujeres y las minorías sexuales, también el de las etnias, pues la creciente globalización económica despertó fuerzas y formas de identidad cada vez más profundas, menos sociales y más culturales, que atañen a la lengua, a las relaciones con el cuerpo, a la memoria. Hay un cambio total de perspectiva: se consideraba que el mundo moderno estaba unificado mientras que la sociedad tradicional estaba fragmentada; hoy por el contrario, la modernización parece llevarnos de lo homogéneo a lo heterogéneo en el pensamiento y en el culto, en la vida familiar y sexual, en la alimentación o el vestido”.

Alain Touraine

“Lo que estamos viendo no es simplemente otro trazado del mapa cultural —el movimiento de unas pocas fronteras en disputa, el dibujo de algunos pintorescos lagos de montaña— sino una alteración de los principios mismos del mapeado. La situación es fluida, plural, descentrada. Las cuestiones no son ni tan estables ni tan consensuales, y no parece que vayan a serlo pronto. El problema más interesante no es como arreglar todo este enredo sino qué significa todo este fermento”.

Clifford Geertz

■ **J. Martín Barbero**



INTEGRACIÓN ECONÓMICA Y CULTURA DE LA INDIFFERENCIA

A diferencia del proceso que hasta los años setenta se definió como *imperialismo*, la globalización de la economía redefine las relaciones centro/periferia: lo que la globalización nombra ya no son movimientos de *invasión* sino transformaciones que se producen desde y en lo nacional y aún en lo local. Es desde dentro de cada país; que no sólo la economía sino la cultura se *mundializa*.¹ Lo que ahora está en juego no es una mayor difusión de productos sino la rearticulación de las relaciones entre países; mediante una des-centralización que concentra el poder económico y una des-localización que hibrida las culturas.

En América Latina la globalización económica es percibida sobre dos escenarios: el de la *apertura nacional* exigida por el modelo neoliberal hegemónico, y el de la *integración regional* con que nuestros países buscan insertarse competitivamente en el nuevo mercado mundial. Ambos colocan la «sociedad de mercado» como entrada a la «sociedad de la información». El escenario de la *apertura económica* se caracteriza por la desintegración social y política de lo nacional. Pues la racionalidad de la modernización neoliberal constituye los proyectos de emancipación social por las lógicas de una competitividad cuyas reglas no las pone ya el Estado sino el mercado, convertido en principio organizador de la sociedad en su conjunto. Y cómo construir democracia en países donde la polarización social se profundiza colocando al cuarenta por ciento de la población por debajo de los niveles de pobreza; ¿qué viabilidad pueden tener proyectos nacionales cuando los entes financieros transnacionales sustituyen a los Estados en la planificación del desarrollo? El crecimiento de la desigualdad atomiza la sociedad deteriorando los mecanismos de cohesión política y cultural, y desgastadas las representaciones simbólicas «no logramos hacernos una imagen del país que queremos, y por ende la política no logra fijar el rumbo de los cambios en marcha».²

El escenario de la *integración regional* latinoamericana se comprenderá quizá mejor en su contraste con la europea. Pues aunque una y otra responden a los retos que plantea la globalización, las contradicciones que movilizan son bien distintas. Mientras la Unión Europea, pesa a la enorme diversidad de lenguas y de historia que divide a esos países y aún siendo todavía más un hecho económico que político,

“

...en los últimos años
las industrias culturales del cine,
la radio y la televisión
atravesan una situación
paradójica: la inserción
de su producción cultural.

”

tiende sin embargo a crear ciertas condiciones de igualdad social y a fortalecer el intercambio cultural entre y dentro de sus países. En América Latina por el contrario, aún estando estrechamente unida por la lengua y por largas y densas tradiciones, la integración económica está fracturando la solidaridad regional, especialmente por las modalidades de *inserción excluyente*³ de los grupos regionales (TLC. Mercosur) en los macrogrupos del Norte del Pacífico y de Europa. Las exigencias de competitividad entre los grupos están prevaleciendo sobre las de cooperación y complementariedad regional, lo que a su vez se traduce en una aceleración de los procesos de concentración del ingreso de reducción del gasto social y deterioro de la esfera pública. Y mientras en Europa pasa al primer plano la cuestión de las *naciones sin Estado*, esas identidades diluidas o subvaloradas en el proceso de integración de los Estados nacionales, y ello se traduce en el fortalecimiento público de su capacidad de producción audiovisual.⁴ En Latinoamérica la integración de su producción audiovisual, al obedecer casi únicamente al interés privado está por el contrario desactivando el reconocimiento de lo latinoamericano en un movimiento creciente de neutralización y borramiento de las señas de identidad nacionales y regionales.⁵ ¡Paradoja! al mismo tiempo que, buscando competitividad transnacional, las empresas de televisión integran cada día con mayor frecuencia libretos y actores de unos países con otros, juntando en la misma telenovela libretos brasileños o venezolanos, actores mejicanos y directores colombianos o argentinos. La telenovela —que se había convertido en un terreno estratégico de la producción y reproducción de las imáge-

nes que estos países se hacen de sí mismos y con las que se hacen reconocer de los demás— se está viendo cada día más abaratada económica y culturalmente, reducida a un rentable recetario de fórmulas narrativas y de estereotipos folclóricos.

Mientras en los tiempos de la modernización populista, años 30-50, los medios masivos contribuyeron a la gestación de un poderoso imaginario latinoamericano hecho de símbolos cinematográficos (María Félix, Cantinflas) y musicales como el tango, el bolero, la ranchera, en los últimos años las industrias culturales del cine, la radio y la televisión atraviesan una situación paradójica: la inserción de su producción cultural en el mercado mundial está implicando su propia desintegración cultural. La presencia en el espacio audiovisual del mundo de empresas como la mexicana Televisa o la brasileña Rede-globo se hace a costa de moldear la imagen de estos pueblos en función de públicos cada día más neutros, más indiferenciados, disolviendo la diferencia cultural en el folclorismo y el exotismo más rentable y barato.

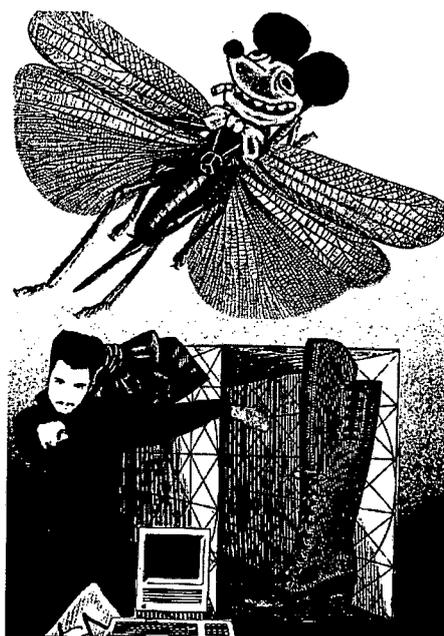
Esta transformación remite en gran medida a exigencias de la globalización que se evidencian en el reordenamiento privatizador de los sistemas nacionales de televisión en Europa y en las contradicciones culturales que conlleva la apertura económica del sureste asiático. La expansión del número de canales, la diversificación y crecimiento de la televisión por cable, y las conexiones vía satélite, han acrecentado el tiempo de programación empujando una demanda intensiva de programas que abre aún más el mercado a las telenovelas y dramatizados latinoamericanos. De España, a Italia e incluso Alemania, hasta Polonia, Rusia o China la *localización* de la telenovela latinoamericana significa en alguna medida la apertura de pequeñas brechas en la hegemonía televisiva norteamericana y en la división del mundo entre un Norte identificado con países productores y un Sur con países únicamente consumidores. Pero significa también el triunfo de la experiencia del mercado en rentabilizar la diferencia cultural para renovar gastadas narrativas conectándolas a otras sensibilidades cuya vitalidad es resemantizada en la tramposa oferta de una *cultura de la indiferencia*. Que es la otra cara de la *fragmentación* cultural que produce la globalización.

Escenario expresivo como ningún otro de las contradicciones de este fin de siglo, las tecnologías electrónicas, vía parabólicas, satélite se informática, nos exponen

cotidianamente a una diversidad de las costumbres y los gustos que *integra* lo heterogéneo de las razas, las etnias y los pueblos al sistema de diferencias con el que, según Baudrillard, Occidente conjura y neutraliza y funcionaliza al otro. Mientras la diferencia prolifera al infinito en la moda, en las costumbres, en la cultura, la alteridad dura, la de la raza, la locura, la miseria se ha convertido en un producto escaso.⁶ Como si sólo sometidas al *esquema estructural de diferencias* que el Norte propone nos fuera posible relacionarnos con las otras culturas. Ya sea mediante el *acercamiento* que reduce las otras culturas a lo que tienen de parecido con la nuestra, silenciando o adelgazando para ello los rasgos más conflictivamente heterogéneos y desafiantes, estilizando y banalizando lo que nos choca hasta volver al otro comprensible sin inmutarnos. O por el contrario, mediante un *distanciamiento*, que exotiza al otro, lo folcloriza en un movimiento de afirmación de la alteridad que, al mismo tiempo que lo vuelve «interesante» lo excluye de nuestro universo negándole la capacidad de interpelarnos y cuestionarnos.

2. PARADOJAS DE LA DIFERENCIA EN LA SOCIEDAD MULTICULTURAL

Hasta hace no muchos años el mapa cultural de nuestros países era el de miles de comunidades culturalmente homogéneas, fuertemente homogéneas pero aisladas, dispersas, casi incomunicadas entre sí y muy debilmente vinculadas a la nación. Hoy el mapa es otro: América Latina vive un desplazamiento del peso poblacional del campo a la ciudad que no es meramente cuantitativo —en menos de cuarenta años el 70% que antes era rural está hoy en ciudades quedando sólo un 30% en el campo— sino el indicio de la aparición de una trama cultural urbana heterogénea, esto es, formada por una densa multiculturalidad que es heterogeneidad de formas de vivir y de pensar, de estructuras del sentir y de narrar, pero muy fuertemente comunicada. Se trata de una multiculturalidad que desafía nuestras nociones de cultura de nación y de ciudad, los marcos de referencia y comprensión forjados sobre la base de identidades nítidas, de arraigos fuertes y deslindes claros. Pues nuestras ciudades son hoy el ambiguo y opaco escenario de algo no representable ni desde la diferencia excluyente y excluida de lo étnico-autóctono, ni desde la inclusión uniformante y disolvente de lo moderno. Estamos ante cambios de fondo en los



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

«modos de estar juntos»,⁷ de experimentar la pertenencia al territorio y de vivir la identidad.

Pero en Latinoamérica la multiculturalidad, tanto en el discurso como en la experiencia social, moviliza antiguas y nuevas contradicciones. Como afirma el chileno N. Lechner «podría narrarse la historia de América Latina como una continua y recíproca ocupación de terreno. No hay demarcación estable reconocida por todos. Ninguna frontera física y ningún límite social otorgan seguridad. Así nace y se interioriza, de generación en generación, un miedo ancestral al invasor, al otro, al diferente, venga de arriba o de abajo»⁸ Ese miedo se expresa aún en la tendencia, generalizada entre los políticos a percibir la diferencia como disgregación y ruptura del orden y entre los intelectuales a ver en la heterogeneidad una fuente de contaminación y deformación de las purezas culturales. El autoritarismo no sería entonces en nuestros países una tendencia perversa de sus militares o sus políticos sino una respuesta a la precariedad del orden social, la debilidad de la sociedad civil y la complejidad de mestizajes que contiene haciendo del Estado la figura que contrarreste las debilidades societales y las fuerzas de la dispersión. Lo que ha significado la permanente sustitución del pueblo por el Estado y el protagonismo de éste en detrimento de la sociedad civil.⁹ Los países de América Latina tienen una larga experiencia de la inversión de sentido mediante la cual la identidad nacional es puesta al servicio del chauvinismo de un Estado que

en lugar de articular las diferencias culturales lo que ha hecho es subordinarlas al centralismo desintegrándolas. Pues hasta hace bien poco la idea de lo nacional era incompatible tanto para la derecha como la izquierda, con la diferencia: el pueblo era uno e indivisible, la sociedad un sujeto sin texturas ni articulaciones internas y el debate político-cultural «se movía entre esencias nacionales e identidades de clase».¹⁰

Es esa equivalencia entre identidad y nación la que la multiculturalidad de la sociedad actual latinoamericana hace estallar. Pues de un lado la globalización disminuye el peso de los territorios y los acontecimientos fundadores que telurizaban y esencializaban lo nacional, y de otro la revaloración de lo local redefine de la idea misma de nación. Mirada desde la cultura-mundo, la nacional aparece provinciana y cargada de lastres estadistas y paternalistas. Mirada desde la diversidad de las culturas locales, la nacional equivale a homogenización centralista y acartonamiento oficialista. De modo que es tanto la idea como la experiencia social de *identidad* la que desborda los marcos maniqueos de una antropología de lo tradicional-autóctono y una sociología de lo moderno-universal. Redefinida como «una construcción imaginaria que se relata»¹¹ la identidad no puede seguir siendo pensada como expresión de una sola cultura homogénea perfectamente distinguible y coherente. El monolingüismo y la uniterritorialidad, que la primera modernización reasumió de la colonia, escondieron la densa multiculturalidad de que está hecho lo latinoamericano y lo arbitrario de las demarcaciones que trazaron lo nacional. Hoy nuestras identidades —incluidas las de los indígenas— son cada día más multilingüísticas y transterritoriales y se constituyen no sólo de las diferencias entre culturas desarrolladas separadamente sino mediante las desiguales apropiaciones y combinaciones que los diversos grupos hacen de elementos de distintas sociedades y de la suya propia.

Lo que no se vuelve a la multiculturalidad de la ciudad, es en ella mucho más que en el Estado donde se encardinan las nuevas identidades hechas de imaginерías nacionales, tradiciones locales y flujos de información transnacionales, y donde se configuran nuevos modos de representación y participación política, es decir nuevas modalidades de ciudadanía.

Pensar desde ahí la multiculturalidad implica serios retos teóricos y metodológicos para los investigadores de las ciencias so-

ciales pues su comprensión exige el estallido de las fronteras disciplinarias y la configuración de *objetos* (de conocimiento) *móviles*, *nómadas*, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado. Ahí apunta lúcidamente C. Geertz cuando señala «lo que estamos viendo no es simplemente otro trazado del mapa cultural —el movimiento de unas pocas fronteras en disputa, el dibujo de algunos pintorescos lagos de montaña— sino una alteración de los principios del mapeado. No se trata de que no tengamos más convenciones de interpretación, tenemos más que nunca pero construidas para acomodar una situación que al mismo tiempo es fluida, plural, descentrada. Las cuestiones no son ni están estables ni tan consensuales y no parece que vayan a serlo pronto. El problema más interesante no es sin embargo cómo arreglar este enredo sino qué significa todo este fermento.»¹²

A esa luz pensar la *diferencia* en América Latina ha dejado de significar la búsqueda de aquella autenticidad en que se conserva una forma de ser en su pureza original, para convertirse en la indagación de modo *des-viado* y *des-centrado* de nuestra inclusión en y nuestra apropiación de la modernidad: el de una diferencia que no puede ser digerida ni expulsada, alteridad que resiste desde dentro al proyecto mismo de universalidad que entraña la modernidad.

A esta doble tarea están contribuyendo sociólogos y antropólogos que han colocado en el eje del análisis el doble *des-centramiento* que sufre la modernidad en América Latina: su tener que ver menos con las doctrinas ilustradas y las estéticas letradas que con la masificación de la escuela y la expansión de las industrias culturales y por lo tanto con la conformación de un mercado cultural en el que las fuentes de producción de la cultura pasan de la dinámica de las comunidades o la autoridad de la iglesia a la lógica de la industria y los aparatos especializados que *sustituyen* las formas tradicionales de vivir por los estilos de vida conformados desde la publicidad y el consumo, *secularizan e internacionalizan* los mundos simbólicos y *segmentan* al pueblo en públicos construidos por el mercado.

De otro lado, la moderna diferenciación y autonominación de la cultura sufre un segundo *des-centramiento*: esa autonomía se produce en Latinoamérica cuando el Estado no puede ya ordenar ni movilizar el campo cultural, debiendo limitarse a asegurar la libertad de sus actores y las

“

Fuertemente cargada
aún de componentes premodernos,
la modernidad se hace experiencia
colectiva de las mayorías
latinoamericanas merced
a dislocaciones sociales
y perceptivas de cuño claramente
postmoderno...

”

oportunidades de acceso a los diversos grupos sociales, dejándole al mercado la coordinación y dinamización de ese campo; lineal y excluyentemente a los ámbitos y repertorios de las etnias o las clases sociales. Fuertemente cargada aún de componentes premodernos, la modernidad se hace experiencia colectiva de las mayorías latinoamericanas merced a dislocaciones sociales y perceptivas de cuño claramente postmoderno: efectuando fuertes desplazamientos sobre los comportamientos y exclusiones que la modernidad instituyó durante más de un siglo, esto es generando hibridaciones entre lo culto y lo popular y de ambos con lo masivo entre vanguardia y kitsch, entre lo autóctono y lo extranjero, categorías y demarcaciones todas ellas que se han vuelto incapaces de dar cuenta del ambiguo y complejo movimiento que dinamiza el mundo cultural en unas sociedades en las que «la modernización reubica el arte y el folclor, el saber académico y la cultura industrializada bajo condiciones relativamente semejantes. El trabajo del artista y del artesano se aproximan cuando cada uno experimenta que el orden simbólico específico en que se nutría es redefinido por el mercado, y cada vez pueden sustraerse menos a la información y la iconografía modernas, al desencantamiento de sus mundos autocentrados y al reencantamiento que propicia el espectáculo de los medios»¹³

La diferencia en la percepción que los latinoamericanos tenemos de esas perturbaciones estriba en que la modernización, identificada por los del Norte ilusionada

e ilusoriamente con el *progreso universal*, dejó ver bien pronto en nuestros países la escisión que el progreso entrañaba entre razón y emancipación «convirtiendo la racionalidad ilustrada en arsenal instrumental de poder y dominación»¹⁴ Al presentarse como opuesta, e incluso incompatible con la diversidad de temporalidades y mentalidades que mestizaba en América Latina su razón histórica, la «razón instrumental» que guió la modernización vino a legitimar la voracidad del capital y la implantación de una economía que tornó irracional toda *diferencia* que no fuera incorporable al *desarrollo*, esto es recuperable por la lógica hegemónica.¹⁵ El inacabado proyecto de la modernidad no puede entonces separarse tan nítida y limpiamente de la razón que inspira la modernización como pretende Habermas.¹⁶ De ahí que su crisis comporte para la periferia elementos liberadores. Así la posibilidad de afirmar la «no simultaneidad de lo simultáneo»¹⁷ —la existencia de *destiempos* con la modernidad que no son pura anacronía sino *residuos* (en el sentido que esa noción tiene para R. Willians¹⁸) no integrados de *otra economía*— que al trastornar el orden secuencial del progreso modernizador libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, haciendo del espacio el *lugar* donde se entrecruzan diversos tiempos históricos, y permitiéndonos así recombinar las memorias y reapropiarnos creativamente de una descentrada modernidad.

3. ESPACIO-MUNDO Y CIUDAD VIRTUAL

Referida al espacio la globalización radicaliza el *desenclaje* que produce la modernidad, de un lado «liberando» la actividad social de los «contextos de presencia» que la particularidad del territorio impone a las costumbres y los mapas mentales, y de otro *des-localizando* el lazo social hasta hacerlo puramente funcional a los movimientos del capital. Lo que hace visible que el espacio-mundo es menos un espacio de unidad —de encuentro y cooperación— que de *unificación*,²⁰ tecnoesfera que conecta la descentralizada organización de las redes que rigen la producción y circulación de las mercancías con las imágenes que orientan el consumo. Pero esas realidades no pueden impedirnos constatar que en la contradictoria vitalidad de las redes electrónicas, en el ciberespacio se tejen nuevas modalidades del «estar juntos» mediante las que los hombres no sólo se conectan sino que se comunican, cooperan y se encuentran. Del mismo mo-

do que la reconfiguración que experimentan las relaciones entre el espacio público y el privado no significa sólo el declive del primero y el repliegue narcisista en el segundo,²¹ pues ahí se avizora la emergencia de una «esfera pública internacional»²² que moviliza formas de ciudadanía mundial: como lo demuestran las organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos y las ONGs que, desde cada país, median entre lo internacional y lo local. *Telépolis* es al mismo tiempo la metáfora y la experiencia del habitante de una ciudad-mundo «cuyas delimitaciones ya no están basadas en la distinción entre interior, frontera y exterior, ni por lo tanto en las parcelas del territorio.»²³ Paradójica espacialidad que emerge tanto o más del recorrido viajero –y los efectos de reconocimiento que de una punta a la otra posibilita el no-lugar: ese mundo en el que «se está siempre y no se está nunca en casa»²⁴– que en la *experiencia doméstica* convertida por la televisión y el computador en ese territorio virtual al que como expresivamente dice Virilo «todo llega sin que haya que partir».

En la ciudad de los flujos comunicativos cuentan más los procesos que las cosas, la ubicuidad e instantaneidad de la información o de la decisión vía teléfono celular o fax desde el computador personal, la facilidad y rapidez de los pagos o la adquisición de dinero por tarjetas. La imbricación entre televisión e informática produce una alianza entre velocidades audiovisuales e informacionales, entre innovaciones tecnológicas y hábitos de consumo: «Un aire de familia vincula la variedad de las pantallas que reúnen nuestras experiencias laborales, hogareñas y lúdicas»²⁵ atravesando y reconfigurando las experiencias de la calle y hasta las relaciones con nuestro cuerpo. Un cuerpo sostenido cada vez menos en su anatomía y más en sus extensiones o prótesis tecnomediáticas. Pues la ciudad informatizada no necesita cuerpos reunidos sino interconectados.

Constituida en el centro de las rutinas que ritman lo cotidiano, en dispositivo de aseguramiento de la identidad individual y en terminal del videotexto, la video compra, el correo electrónico y la teleconferencia,²⁶ la llave televisión/computador convierte el espacio doméstico en el territorio virtual por excelencia: aquel en que más hondamente se reconfiguran las relaciones de lo privado y lo público, esto es la superposición entre ambos espacios y el emborramiento de sus fronteras. Lo público gira hoy en torno a lo privado no

“

Cada día en forma más explícita la política, tanto la que se hace en el Congreso, como en los ministerios, en los mítines y las protestas callejeras, y hasta en los atentados terroristas, se hace *de cara a las cámaras*, que son la nueva expresión de la existencia social.

”

solamente en el plano económico sino en el político y el cultural. Y recíprocamente *estar en casa* ya no significa ausentarse del mundo: «la televisión es hoy día la representación más aproximada del demiurgo platónico; y la fascinación que ejerce sobre los seres humanos no tiene que ver únicamente con la información o con el entretenimiento: la oferta televisiva principal es el mundo, *el teleadicto es un cosmopolita*.²⁷ «Lo que identifica la *escena pública* con lo que «pasa en» la televisión no son únicamente las inseguridades y violencias de la calle, hoy son los medios masivos, y en modo decisivo la televisión, el equivalente del antiguo *agora*: el escenario por antonomasia de la cosa pública. Cada día en forma más explícita la política, tanto la que se hace en el Congreso, como en los ministerios, en los mítines y las protestas callejeras, y hasta en los atentados terroristas, se hace *de cara a las cámaras*, que son la nueva expresión de la existencia social. Y también el mercado ha invadido el ámbito privado convirtiendo al consumo productivo en una fuerza económica de primera magnitud: ser teleespectador equivale a convertirse en elemento de una población analizable estadísticamente en función de sus gustos y preferencias que se revelan en el consumo productivo previo a la compra de la mercancía física».²⁸ Al consumir su tiempo de ocio la telefamilia genera un nuevo mercado y una nueva mercancía: el valor del tiempo medido por el nivel de audiencia de los productos televisivos. Y aún más decisivo es lo que sucede en el plano cultural: mien-

tras ostensiblemente se reduce la asistencia a los eventos culturales en lugares públicos, tanto de la alta cultura (teatros, museos, ballet, conciertos de música culta), como de la cultura local popular (actividades de barrio, festivales, ferias artesanales), *la cultura a domicilio*²⁹ crece y se multiplica desde la televisión herziana (que ve más del 90% en promedio en toda América Latina) a la de cable y las antenas parabólicas y la videogravadora que en varios países latinoamericanos ya supera el cincuenta por ciento de hogares, al tiempo que se «populariza» el uso del computador personal, el multimedia y la internet.

Los retos que al pensar le plantean los nuevos modos de sentir y de habitar en la ciudad virtual encuentran su más cruda expresión en la híbrida modernidad de los jóvenes, tanto de la que emerge en sus rituales de violencia como en sus modos de estar juntos o sus estéticas visuales y sonoras. La legitimación de la mirada intelectual sobre la multiculturalidad de ese *mundo* se abre lentamente paso desde unas ciencias sociales que empiezan a mirar desde ahí las híbridas violencias de su modernidad: «El marginado que habita en los grandes centros urbanos, y que en algunas ciudades ha asumido la figura del sicario, no es sólo la expresión del atraso, la pobreza o el desempleo, la ausencia del Estado y de una cultura que hunde sus raíces en la religión católica y en la violencia política.

También es el reflejo, acaso de manera más protuberante, del hedonismo y el consumo, de la cultura de la imagen y la drogadicción, en una palabra de la colonización del mundo de la vida por la modernidad».³⁰ Pero donde esa perspectiva hallará mayor densidad será en la reflexión de intelectuales y escritores que al no estar atrapados en las demarcaciones disciplinarias, perciben mejor la hondura de la *multiculturalidad* que hoy viven los jóvenes: «En nuestras barriadas populares urbanas tenemos camadas enteras de jóvenes cuyas cabezas dan cabida a la magia y a la hechicería, a las culpas cristianas y a su intolancia piadosa, lo mismo que a utópicos sueños de igualdad y libertad, indiscutibles y legítimos, así como a sensaciones de vacío, ausencia de ideologías totalizadoras, fragmentación de la vida y tiranía de la imagen fugaz y el sonido musical como lenguaje único de fondo.»³¹

La pista que señala ese *lenguaje de fondo* es la complicidad, la profunda compenetración entre la oralidad que perdura como experiencia cultural primaria y la

oralidad secundaria que tejen y organizan las gramáticas tecnoperceptivas de la *visualidad electrónica* del video, el computador, el cine, la televisión. Pensar los procesos y los medios de comunicación en América Latina se vuelve tarea de envergadura antropológica en la medida en que lo que ahí está en juego son hondas transformaciones en la cultura cotidiana de las mayorías y especialmente de los jóvenes, que se están apropiando de la modernidad *sin dejar su cultura oral*. Las nuevas generaciones saben leer pero su lectura está atravesada por la pluralidad de textos y escrituras que hoy circulan, de ahí que la complicidad entre oralidad y visualidad no remita al analfabetismo sino a «la persistencia de estratos profundos de la memoria y la mentalidad colectiva sacados a la superficie por las bruscas alteraciones del tejido tradicional que la propia aceleración modernizadora comporta».³² De esas alteraciones está hecha la vida de una generación «cuyos sujetos culturales se constituyen más que a partir de figuras, estilos y prácticas de añejas tradiciones que definen la cultura, a partir de la conexión-desconexión (juego de interfaz) con los aparatos»³³ que ha aprendido a hablar inglés en programas de televisión captados por antena parabólica más que en la escuela y que se siente más a gusto escribiendo en el computador que en el papel. Frente a la distancia y la prevención con que gran parte de los adultos resienten y resisten esa nueva cultura —que envuelve obsoletos muchos de sus saberes y a la que responsabilizan de la crisis de los valores intelectuales y hasta morales— los jóvenes experimentan una empatía que no es sólo facilidad para relacionarse con el idioma de los aparatos audiovisuales e informáticos sino *complicidad expresiva* con sus relatos y sus imágenes, sus sonoridades, fragmentaciones y velocidades. Frente a la memoria larga, pero también a la rigidez de las identidades tradicionales, los jóvenes parecen dotados de una *plasticidad neuronal*³⁴ que se traduce en una camaleónica capacidad de adaptación a los más diversos contextos y una elasticidad cultural que les permite hibridar y convivir ingredientes de universos culturales muy diversos. La mejor expresión de las hibridaciones de que está hecho el *sensorium* latinoamericano de los jóvenes quizás sea el rock en español: valga como ejemplo la experiencia colombiana. Ligado inicialmente de comienzos a mediados de los ochenta a un claro sentimiento pacifista —grupos Génesis o Banda Nueva— el rock pasa en los últimos años a decir la cruda experiencia urbana de las



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

pandillas juveniles en los barrios de clase media-baja en Medellín, y media-alta en Bogotá, convirtiéndose en vehículo de una conciencia dura de la descomposición del país, de la presencia cotidiana de la muerte en las calles, de la sin salida laboral, de la exasperación de la agresividad y lo macabro. Desde la estridencia sonora del Heavy Metal —preferido por los grupos de rock de los adolescentes sicarios— a los nombres de los grupos —Féretro, La Pestilencia, Kraken— pasando por la escenografía tecno de los conciertos, de la discoteca alucinante al concierto barrial, en el rock se hibridan los sonos y los ruidos de nuestras ciudades con las sonoridades y los ritmos de las músicas indígenas y negras y las estéticas de lo desechable con las frágiles utopías que surgen de la desazón moral y el vértigo audiovisual.

4. EL NUEVO RÉGIMEN DE LA TECNICIDAD Y LA VISIBILIDAD: DEL PALIMSESTO AL HIPERTEXTO

El relevamiento de la *estructura comunicativa* de la sociedad se halla ligado a la comprensión de los cambios en las condiciones del saber.³⁵ Empezando por la reva-

lorización de las *prácticas* y las *experiencias de las que merge un saber mosaico*, hecho de objetos móviles y fronteras difusas, de intertextualidades y bricolajes. Si ya no se escribe ni se lee como antes es porque tampoco se puede ver ni representar como antes. Y ello no es reducible al *hecho tecnológico* pues «es toda la axiología de los lugares y las funciones de las prácticas culturales de memoria, de saber, de imaginario y creación la que hoy conoce una seria reestructuración»: la visualidad electrónica ha entrado a formar parte constitutiva de la *visualidad cultural*, esa que es a la vez entorno tecnológico y nuevo imaginario «capaz de hablar culturalmente —y no sólo de manipular tecnológicamente— de abrir nuevos espacios y tiempos para una nueva era de lo sensible».³⁶ La del enlace de la televisión con el computador, el videojuego y el hipertexto multimedia en «un aire de familia que vincula la variedad de pantallas que reúnen nuestras experiencias laborales, hogareñas y lúdicas».³⁷

Hablar de *pensamiento visual* puede resultar demasiado chocante a los racionalistas y ascéticos oídos que aún ordenan el campo del saber. Y sin embargo hace

ya tiempo que Foucault³⁸ señaló los dos dispositivos —economía discursiva y operación lógica— que movilizan la nueva *discursividad constitutiva de la visibilidad*, la *lógico-numérica*. Estamos ante el surgimiento de «otra figura de la razón»³⁹ que exige pensar la imagen, por una parte, desde su nueva configuración socio-técnica: el computador no es un *instrumento* con el que se producen objetos, sino un nuevo tipo de *tecnicidad* que posibilita el procesamiento de informaciones y cuya materia prima son abstracciones y símbolos, lo que inaugura una nueva *aleación* de cerebro e información que sustituye a la del cuerpo con la máquina; y por otra, desde la emergencia de un nuevo paradigma del pensamiento que rehace las relaciones entre el orden de lo discursivo (la lógica) y de lo visible (la forma), de la inteligibilidad y la sensibilidad. El nuevo estatuto cognitivo de la imagen se produce a partir de su *informalización*, esto es de su inscripción en el orden de lo *numerizable*, que es el orden del *cálculo* y sus mediaciones lógicas; número, código, modelo, inscripción que no borra la figura ni los efectos de la imagen pero hace que esa figura y efectos remitan ahora a una *economía informacional* que reubica la imagen en los antípodas de la ambigüedad estética y la irracionalidad de la magia o la seducción.

El proceso que ahí llega entrelaza un doble movimiento. El que prosigue y radicaliza el proyecto de la ciencia moderna —Galileo, Newton— de traducir/sustituir el mundo cualitativo de las percepciones sensibles por la cuantificación y la abstracción lógica-numérica, y el que reincorpora al proceso científico el valor informativo de lo sensible y lo visible. Una nueva *episteme cualitativa* abre la investigación a la intervención constituyente de la imagen en el proceso del saber: arrancándola a la *sospecha* racionalista, la imagen es percibida por la nueva episteme como posibilidad de experimentación / simulación, que potencia la velocidad del cálculo y permite inéditos *juegos de interfaz*, esto es, de arquitecturas de lenguajes. Virilo⁴⁰ denomina «logística visual» a la remoción que las imágenes informáticas hacen de los límites y funciones tradicionalmente asignados a la discursividad y la visibilidad, a la dimensión operatoria (control, cálculo y previsibilidad), la potencia interactiva (juegos de interfaz) y la eficacia metafórica (traslación del dato cuantitativo a una forma perceptible: visual, sonora, táctil). La visibilidad de la imagen deviene *legibilidad*,⁴¹ permitiéndole pasar del estatuto

“

Más que un conjunto de nuevos aparatos, de maravillosas máquinas, la *comunicación* designa hoy un nuevo *sensorium*; nuevos modos de percibir, de sentir y relacionarse con el tiempo y el espacio, nuevas maneras de reconocerse y de juntarse especialmente entre los jóvenes que los adultos tienden a desvalorizar convencidos de que los cambios que viven los jóvenes son, como lo fueron siempre «una fiebre pasajera».

”

de «obstáculo epistemológico» al de *mediación discursiva* de la fluidez (flujo) de la información y del poder virtual de lo mental.

Más que un conjunto de nuevos aparatos, de maravillosas máquinas, la *comunicación* designa hoy un nuevo *sensorium*;⁴² nuevos modos de percibir, de sentir y relacionarse con el tiempo y el espacio, nuevas maneras de reconocerse y de juntarse especialmente entre los jóvenes que los adultos tienden a desvalorizar convencidos de que los cambios que viven los jóvenes son, como lo fueron siempre «una fiebre pasajera». Rompiendo esa inercia, M. Mead supo leer hace ya veinticinco años, lo que en la actual ruptura generacional remite a la larga temporalidad en que se inscriben nuestros miedos al cambio, tanto como las posibilidades que éste abre de inaugurar nuevos escenarios y dispositivos de diálogo entre generaciones y pueblos: «Nacidos antes de la revolución electrónica la mayoría de nosotros no entiende lo que ésta significa. Los jóvenes de la nueva generación en cambio se asemejan a los miembros de la primera generación nacida en un país nuevo».⁴³ Se trata de una generación cuya empatía con la cultura tecnológica está hecha no sólo de facilidad para relacionarse con los aparatos audiovisuales e informáticos sino de *complicidad cognitiva* con sus lenguajes, fragmenta-

ciones y velocidades. Lo que se traduce en una camaleónica elasticidad cultura que les permite hibridar y convivir ingredientes de mundos culturales muy diversos.

De ahí que los medios de comunicación y las tecnologías de información desafíen hoy especialmente a la educación, planteándole un verdadero *reto cultural* al hacer visible la brecha cada día más ancha entre la cultura desde la que enseñan los maestros y aquella desde la que aprenden los alumnos. Reto que pone al descubierto el carácter obsoleto de un *modelo de comunicación escolar* que, acosado por los cuatro costados, se coloca a la defensiva desfasándose aceleradamente de los procesos de producción y circulación del conocimiento que hoy dinamizan la sociedad. Primero, negándose a aceptar el *des-centramiento cultural* que atraviesa el que ha sido su eje tecno-pedagógico, el libro. Pues «el aprendizaje del texto asocia a través de la escuela un modo de transmisión de mensajes y un modo de ejercicio del poder, basados ambos en la escritura».⁴⁴ Segundo, ignorando que en cuanto *transmisor* de conocimientos la sociedad cuenta hoy con dispositivos de almacenamiento, clasificación, difusión y circulación mucho más versátiles, disponibles e individualizados que la escuela. Tercero, atribuyendo la crisis de la lectura de libros entre los jóvenes únicamente a la maligna seducción que ejercen las tecnologías de la imagen, lo que le ahorra a la escuela tener que plantearse la profunda reorganización que atraviesa el mundo de los lenguajes y las escrituras; y la consiguiente *transformación de los modos de leer* que está dejando sin piso la obstinada identificación de la lectura con lo que atañe solamente al libro y no a la pluralidad y heterogeneidad de textos, relatos y escrituras (orales, visuales, musicales, audiovisuales, telemáticos) que hoy circulan. Cuarto, impidiéndose interactuar con el mundo del *saber diseminado* en la multiplicidad de los medios de comunicación a partir de una concepción premoderna de la *tecnología*, que no puede mirarla sino como algo exterior a la cultura, «deshumanizante» y perversa en cuanto desequilibradora de los contextos de vida y aprendizajes heredados.

Es sólo a partir de la asunción de la *tecnología mediática como dimensión estratégica de la cultura* que la escuela puede insertarse en los procesos de cambio que atraviesa nuestra sociedad, e *interactuar con los campos de experiencia* en que hoy se procedan los cambios: desterritorialización/relocalización de las identidades,

hibridaciones de la ciencia y el arte, de las literaturas escritas y las audiovisuales,⁴⁵ reorganización de los saberes desde los flujos y redes por los que hoy se moviliza no sólo la información sino el trabajo y la creatividad, el intercambio y la puesta en común de proyectos, de investigaciones científicas y experimentaciones estéticas. Y por lo tanto *interactuar* con los cambios en el campo/mercado profesional, es decir con las nuevas figuras y modalidades que el entorno informacional posibilita y con las nuevas formas de participación ciudadana que ellos abren especialmente en la vida local.

Pero esa *interacción* exige superar radicalmente la concepción *instrumental* de los medios y las tecnologías de comunicación que predomina no sólo en las prácticas de la escuela, sino en los proyectos educativos de los ministerios y hasta en muchos documentos de la UNESCO. Cómo puede la escuela insertarse en la actual complejidad de mestizajes —de tiempos y memorias, imaginarios y culturas— anclada únicamente en la modernidad letrada e ilustrada, cuando en nuestros países la dinámica de las transformaciones que calan en la cultura cotidiana de las mayorías provienen *básicamente* de la desterritorialización y las hibridaciones que agencian los medios masivos de comunicación.

Un uso creativo y crítico de los medios y las tecnologías informáticas —televisión, video, computador, multimedia, internet— sólo es posible en una escuela que transforme su modelo y su praxis de comunicación; que haga posible el tránsito de un modelo centrado en la secuencia lineal que *encadena unidireccionalmente* materias, grados, edades y paquetes de conocimientos, a otro *descentrado* y plural, cuya clave es el «encuentro» del **palimpsesto** —ese texto en el que un pasado borrado emerge tenazmente, aunque borroso en las entrelíneas que escriben el presente— y el **hipertexto**: escritura no secuencial sino *montaje* de conexiones en red que al permitir/exigir una multiplicidad de recorridos, transforma la lectura en escritura. Lo que en lugar de sustituir viene a potenciar la figura y el oficio del **educador**, que de mero retransmisor de saberes se convierte en formulador de problemas, provocador de interrogantes, coordinador de equipos de trabajo, sistematizador de experiencias, memoria viva de la institución que hace relevo y posibilita el diálogo entre culturas y generaciones.

NOTAS

1. R. Ortiz, «Cultura e modernidade-mundo», en *Mundializado e cultura*, p. 71 y ss. Brasiliense, Sao Paulo, 1994.
2. N. Lechner, «La democratización en el contexto de una cultura postmoderna», en *Cultura política y democratización*, p. 253 y ss. Flasco, Santiago, 1987.
3. J. Saxe-Fernández, «Poder y desigualdad en la economía internacional», *Nueva Sociedad*, p. 62 y ss., Caracas, 1996; también, M. Castells y R. Laserna, «La nueva dependencia: cambio tecnológico y reestructuración socioeconómica», *David y Goliath* N° 55, Buenos Aires, 1989.
4. M. Bassand y otros, *Culturas y regiones en Europa*. Ecos-Tau. Barcelona, 1990. Ph. Schlesinger. «La europeidad: un nuevo campo de batalla» en *Estudios de culturas contemporáneas*, N° 16/17, pp. 121-140, México, 1994; M. de Moragas, «Identitat cultural, espais de comunicació y participació democrática. Ujna perspectiva des de Catalunya y Europa» en *Comunicació social e identitat cultural*, pp. 59-82. Univ. Autònoma de Barcelona, 1988; Dossier «FR3 regions: du local o transfrontier» en *Dossiers de l'audiovisuel*. N° 33, París, 1990.
5. J. Martín-Barbero. «Comunicación e imaginarios de la integración», *Intermedios* N° 2, pp. 6-13. México, 1992; también «De los nacionalismos a las transnacionales» en *De los medios a las mediaciones*, pp. 164-206., G. Gili, México, 1987.
6. J. Baudrillard, *La transparencia del mal*, p. 134, Anagrama, Barcelona, 1994.
7. M. Maffesoli. *El tiempo de las tribus*, p. 133 y ss., Icaria, Barcelona, 1990.
8. N. Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, p. 99, Flasco, Santiago de Chile, 1988.
9. A ese respecto: A. Flifisch y otros. *Problemas de la democracia y la política en América Latina*, Flasco, Santiago, 1988; y también N. Lechner (de.), *Estado y política en América Latina*. Siglo XXI, México, 1981.
10. H. Sábato, «Pluralismo y nación» en *Punto de vista* N° 34, p. 12. Buenos Aires, 1989.
11. N. García Canclini, *Consumidores y ciudadanos*, p. 95, Grijalbo, México, 1996.
12. C. Geertz, «Géneros confusos: la reconfiguración del pensamiento social», en *El surgimiento de la antropología postmoderna*, p. 75, Gedisa, México, 1991.
13. N. García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, p. 18. Grijalbo, México, 1990.
14. A. Quijano, *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*, p. 53, Sociedad & Política. Ed. Lima, 1988.
15. C. Castoriadis, «Reflexiones sobre el desarrollo y la racionalidad» en *El mito del desarrollo*, pp. 183-223, Kairos, Barcelona, 1979.
16. J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, p. 13 y ss.
17. C. Rincón. *La no simultaneidad de lo simultáneo. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*, Ed. Universidad Nacional, Bogotá, 1955.
18. R. Willians, *Marxismo y literatura*, p. 144, Península, Barcelona, 1980.
19. A. Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, p. 32 y ss., Alianza, Madrid.
20. Milton Santos. «Los espacios de la globalización», *Revista Universidad del Valle*, N° 10, Cali, 1995, del mismo autor: «Espaço mundo globalizado pos-modernidade» *Margem* N° 2, pp. 9-22. Sao Paulo 1993; también: A. Mattelart, *La communication-monde*. La decouverte, Paris, 1992.
21. Sobre ambos movimientos ver: R. Sennet.

El declive del hombre público. Península, Barcelona, 1985; *Narcisismo y cultura moderna*, Kairos, Barcelona, 1983.

22. J. Keane, «Structural Transformations of the Public Sphere», *The Communication Review*. Vol. 1, University of California, 1995.
23. J. Echeverría, *Telópolis*, p. 9. Destino, Barcelona, 1994.
24. M. Augé, Los «no lugares». *Espacio de anonimato*, p. 122, Gedisa, Barcelona, 1992.
25. C. Ferrer, «Taenia saginata o el veneno en la red», en *Nueva Sociedad* N° 140, p. 155, Caracas, 1995.
26. R. Silverston. «De la sociología de la televisión a la sociología de la pantalla» en *TELOS* N° 22. Madrid, 1990; H. Vezzetti, «El sujeto psicológico en el universo massmediático» en *Punto de vista* N° 47. Buenos Aires, 1993; A. Novaes (Coord.) *Rede imaginaria: televisao e democracia*. C. das Letras, Sao Paulo, 1991.
27. J. Echeverría, *Cosmopolitas domésticos*, p. 81, Anagrama, Barcelona, 1995.
28. J.E. Echeverría. *Telópolis*, p. 72. Destino, Barcelona, 1995.
29. Sobre análisis de los cambios en el consumo cultural, además de la obra coordinada por N. García Canclini para el caso de México, ya citada, ver: C. Catalán y G. Sunkel. *Algunas tendencias del consumo de bienes culturales en América Latina*. Flasco, Santiago, 1992.
30. F. Giraldo y H.F. López, «La metamorfosis de la modernidad» en *Colombia al despertar de la modernidad*, p. 260.
31. F. Cruz Kronfly. «El intelectual en la nueva Babel colombiana» en *La sombra planetaria*, p. 60, Planeta, Bogotá, 1994.
32. G. Marramao, «Metapolítica: más allá de los esquemas binarios», en *Razón ética y política*, p. 60, Anthropos, Barcelona, 1988.
33. S. Ramírez y S. Muñoz. *Trayectos del consumo*, p. 60, Univalle, Cali, 1996.
34. A. Piscitelli, «Del péndulo a la máquina virtual» en S. Bleicmar (Comp.) *Temporalidad, determinación, azar: lo reversible y lo irreversible*, Paidós, Buenos Aires, 1994.
35. Es bien significativo que el libro-eje del debate que introduce J.F. Lyotard *La condición postmoderna*, tenga como subtítulo *Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 1984.
36. A. Renaud. *Videoculturas fin de siglo*, p. 27, Cátedra, Madrid, 1990.
37. C. Ferrer. «Taenia saginata o el veneno en la red», en *Nueva Sociedad* N° 140, p. 155, Caracas, 1995.
38. M. Foucault. *Les mots et les choses*, pp. 262 y ss. Gallimard, Paris, 1966, ver también, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1971.
39. A. Renaud. «L'image: de l'économie informationnelle a la pensée visuelle» en *Reseaux* N° 74, p. 14 y ss. Paris, 1995; ver también a ese propósito: G. Chartron (dir.), *Puor une nouvelle economie du savoir*, Presses Universitaires de Rennes, 1994.
40. P. Virilio, *La máquina de visión*, p. 81, Cátedra, 1989.
41. G. Lascaut y otros. *Voir, entendre*, U.G.E.-10/18, Paris, 1976; también J.L. Carrascosa, *Quiémeras del conocimiento. Mitos y realidades de la inteligencia artificial*. Funesco, Madrid, 1992.
42. W. Benjamín, *Iluminaciones 2*, Taurus, Madrid, 1980.
43. M. Mead. *Cultura y compromiso*, p. 105. Granica, Barcelona, 1971.
44. J.J. Brunner, «Fin o metamorfosis de la escuela» en *David y Goliath* N° 58, p. 60, Buenos Aires, 1990.
45. A. Piscitelli, «Paleo- y neo-televisión. Del contrato pedagógico a la interactividad generalizada» en C. Gómez (Coord.), *La metamorfosis de la TV*. Univ. Iberoamericana, México, 1996 ■